

Para buscar otro nombre al amor

(fragmento de novela inédita)

XVII

Cuando Nerval afirma que el sueño es una segunda vida cuyas puertas de marfil o de cuerno nos separan del mundo invisible, él no ha podido ahondar, sin temblar, algo de esa desesperada avidez del ciego que se funda en la esperanza, en el atisbo de una débil pesquía, en los tanteos del misterio al que está condenado el destino del hombre.

A la lumbre bien tensa de sus ojos él quiere desenmascarar algo más de lo que nos descubren las balanzas mágicas y los monóculos de aumento: es decir, que el frágil tejido que nos compone contiene como sustancias esenciales oxígeno, nitrógeno, oro, silicio, calcio y magnesio... pero que, en un polo más allá de la estratosfera que nos encierra, ciertas secretas corrientes (nombradas *sueños*) escapan a esa composición corporal para trasladarnos al otro lado de las barreras en donde permanecemos indefinibles... Como esta página negra, esta página triangular, esta página espiral... Cada una tendiendo pasadizos flotantes que le impiden resbalar hasta el borde del abismo.

Al final del jardín-jungla ese brazo de mar siempre, la espalda de una extensión inmensa de arena apuntando al océano, al cielo, al horizonte de ambos. Enfrente se ve, como el final de la tierra, Beniguen, la isla desierta, poblada sólo por gaviotas. Hurañas y fértiles, entre señales y alertas que parecen presagios de muerte, ellas han hecho de esa isla su trampolín para saltar al continente.

¿Cómo definir una isla desierta? El recuerdo que almacenó la memoria en su paso por ella es el de un tiempo detenido que repele la presencia humana, pero que eslabona trazas de una vivencia esencial. Aunque casi imperceptible en su intensidad, tal vivencia la estremece aún.

En esta isla todo es vertical en su horizontalidad... La tensión del silencio absorbe los sonidos, los alisa, los pule acoplándolos y emitiéndolos en su diálogo con el océano. No existe en la isla un arco imaginario que la conforme en sus puntos cardinales (de norte a sur o de este a oeste) sino un de frente y de espaldas, una línea tensa que abraza sus extremos cuando uno vira la cabeza para otearla. El cielo sobrepasa la altura del arco y vuela más y más alto hasta aglutinarse en un espacio

autónomo. El suelo de la isla es una arena movediza erizada de pedruscos y arbustos retorcidos, tierra azotada, gran lápida que se reposa de tantas sacudidas. Emergieron, vivieron y ya descansan piedra y arenilla de piedra, arenilla de resecores, subsuelo que absorbe todas las humedades, vigilia de luz sin límite que sobrevive dando sombra a una arista. Inclínada meseta entre la luz y el objeto, la isla. Ese objeto ahí, entre lo infinito y lo mínimo, frágil músculo tendido, sosteniéndola. Todo acontece en esta isla como un rechazo. Y ese rechazo exige a los elementos que la atraviesan desdoblarse su naturaleza, dejar atrás el cuerpo usado, calcinado, encarnar otro en que los justos acordes se enlacen para prolongarla.

Rememora... Desde la nave de afilada estructura que los alejaba del continente, desde sus bajos estribos, la costa parecía un rostro descompuesto en infinidad de rostros, las casas alineadas como una construcción única aguardando al extranjero detrás de sus rendijas. Zarandeados entre las voluptuosas olas de una corta travesía ellos llegaron a la isla acumulando asombros, aspirando a un precipicio que les descubriese (como en *La aventura*, de Antonioni) espejos convexos, horizontes deslizadores que resbalen el misterio, esa extrañeza que nos esquivo.

La isla los acogió desde su abruptez escabrosa, ajena, intemporal, entre dos enormes vertientes: de un lado el mar y del otro la meseta envuelta por un espeso vuelo de gaviotas que, ante la afanosa presencia humana, se pusieron a emitir agudos gritos que parecían señales; quién sabe si acumulaban sedimentos para improvisarnos un trayecto o un hueco en sus cobijas. «Es una isla desierta», repetía alguien boquiabierto. No tan desierta: las gaviotas incuban en raras cavidades sus crías que hormigueaban tanteando los pedruscos que los inician al paso, al vuelo.

Como una sinfonía de Mahler tramada por desorbitados instrumentos ocultos, el silencio de la isla se le ofrece concentrado, denso. Y Verónica lo absorbe con la humildad y la entrega de un rito, conteniendo el aliento, con esa pasiva contrariedad de constatar que un hombre es tan sólo eso, un hombre, sin ramificaciones que lo metamorfoseen, que lo transfiguren; que habitaciones naturales como esta isla desierta ya no le pertenecen; que sus pedruscos y arbustos lo ignoran.. Privado así de sus ocultos privilegios, excluido en su fragilidad, amenazado por la inminencia de un daño abstracto pero latente, el hombre se retira cabizbajo al continente que le asfixia.

Por ahora, en la isla, caminan en fila india, persiguiéndose a corta distancia, cada cuerpo como un miembro desprendido del otro cuerpo, a la sombra de un inmenso pasaje de nubes, tan solos. Un acople y una discontinuidad se establece entre ellos, aunque el silencio de la isla anonada esa esporádica convergencia. Extraviados, andando con piernas que parecen zancos, medio hundidos en la

arena, cada pisada. remueve ecos de sus antiguas andanzas delineando entre ellas un punto común del interminable recorrido. Pero se diría que ese punto común es el inicio de un abismo.

Y es como si el cuerpo se despojara de su adiposidad, de su exceso, del camino paralelo andado como si él sobrara. Y cada uno deviene su uno, sin máscara, sin gestos familiares, sin faz, sin rasgos, sin muecas, sin pasado.... como si, paso a paso, empezaran a convertirse en piedras pulidas, en trozos de granito, en frotaciones, en intemperies, en vegetación silvestre, en astros desprendidos, en arena movediza, en ISLA.

Ella sabe que de un instante a otro la noche les caerá encima. Aunque el tiempo parece haberse detenido en el fulgor del atardecer. Es una semiclaridad inamovible que dura, se prolonga extática en otras horas, se acosta en los arbustos, en los pedruscos, en la arenilla de la lápida inerte. Su fulgor afronta ya el viento, lo atenúa. De poder avanzar (aún temblando de miedo) acaso acertaría a topar con un refugio de gaviotas, arremolinarse entre ellos como un estrato más de la isla.

Y aterrorizada por esta quimera echa a correr dando tumbos por hondonadas de arena y pedruscos tricornes (con señales de alerta que parecen presagios de muerte) vociferando a la fila de boquiabiertos que nunca más volvería por estos desiertos entrampadores, nunca más nunca más nunca más nunca más.....

XXIII

Verónica recoge las páginas dispersas por el suelo, las lee, las relee... Siguiendo el sentido de las frases ensarta los fragmentos de palabras entre finales y comienzos de las hojas aspirando el aire que parece resistirse a penetrar los orificios de su nariz... Y respira con fuerza para animar esa corriente esencial de vida...

...Se agacha a recogerlas porque ellas se resisten apretándose entre sí, obstruyendo el deseo imperioso de absorberlas de nuevo letra a letra, de ahondar en sus signos, en los significados de tantos mensajes que bifurcan aún tenebrosos, resbaladizos, abruptos pasadizos entre los cuales su cuerpo tembloroso se desliza a cámara lenta bajo el peso de esas páginas opacadas por el tiempo en las que ella que se esmerara en definir, interpretar, apresar (con el tacto autómatas detonador de la locura) los sentidos desquiciados de un arcángel demoníaco: aquel amenazante imán a la deriva, lúbrico mago en insidiosa fuga segregando muerte como si fuera vida... como si la vida sólo incubara la muerte como si la muerte fuera lo único a extraer de la vida.

Cierra los ojos para recordar...

...Y siente de nuevo ascender a su frente una gratitud sin límites, un asombro tan fuerte y fugaz que se hace insoportable Y es como si el ruido ensordecedor del río crecido recubriera otra vez aquella parcela de autenticidad perdida y siempre reencontrada...

...Es la mente consumida en el arte de evocar a Andrea para que emerja de esa Nada en que se ha convertido su propia identidad, calco de imágenes ilusorias reproducidas indefinidamente...

...Pronto seremos, quisiera decirle aún hoy, el espacio y el viento... pronto seremos la piedra y el paso, la espuma y la arena... Y al anochecer, en la inmensa cena, a esa hora que el espíritu se cierra en sí mismo y los objetos caen en la insonoridad y los cuerpos flotan dispersos, seremos iris de penumbra y cristal de noche suspendidos de un punto a otro del arco de esas dos ciudades minúsculas encalladas sobre las riberas del ojo...

Desde esta ambigüedad del pasado emerge su fuerza, la astucia del orgullo sin doblez que alimenta su única libertad...

...Pero hay que pasar una puerta, empujar esa puerta, mirar la noche, el abismo que ella abriga y no disfrazar su negrura... Hay un momento-límite en que esto se vuelve necesario, porque no se puede seguir negando esa noche desprovista de lugar, de dirección, de volumen... Nuestra libertad depende, también, de poseer esa criatura en tanto que tal... Y ella reclama más abandono, más desnudez, más atrofia del lenguaje, más ausencia de historia...

...Porque se ha agotado el tiempo susceptible de crear historia. De reconocerse en sus límites...

Sólo queda el vacío sirviéndole de medio de expresión... Y únicamente en ese vacío —lo siente de manera confusa— reside la vida, lo que ella encubre de claridad, de orden, de belleza inagotable...